

ENRIQUE FLORESCANO *LA BANDERA MEXICANA: BREVE HISTORIA DE SU FORMACIÓN Y SIMBOLISMO*

*por Luis Vázquez León**

Hablando como antropólogo social puedo decir que me complace comentar el libro *La bandera mexicana: breve historia de su formación y simbolismo* del maestro Enrique Florescano. Y uso declaradamente la palabra maestro no para restarle méritos académicos al Dr. Florescano, sino al contrario, para resaltarlos. Con ello me refiero a que leer la *nueva historia cultural*—que él cultiva siempre es una valiosa oportunidad para que cualquier lector, yo mismo incluido, pueda aprender algo nuevo en sus lecciones de *historia patria*, puesto que no pocos las hemos relegado a nuestro ya lejano paso por las instituciones de la educación oficial, entiéndase en la tradición de la lectura de los libros de texto gratuitos.

Me apresuro pues a decir qué clase de historia patria es la que nos imparte ahora el maestro Florescano. Nada menos que la de la transformación histórica y simbólica de uno de nuestros emblemas más caros, la bandera mexicana. Así dicho pareciera que nuestro maestro es un maestro de la vieja estirpe, aquella empeñada en grabarnos la historiografía oficial aplicando el doloroso dicho de que “la letra con sangre entra”. Bueno, en la historia de este emblema sí hay sangre, y mucha, pero no es, por suerte, el medio de enseñanza predilecto del autor. De hecho, antes le apliqué el enunciado “nueva historia cultural”¹ con la intención de separarlo de la tradicional repetición de tópicos comunes en lo que a la enseñanza de símbolos patrios se refiere. Con ello quiero decir que si bien comparte la idea de emplear objetos de la cultura material como fuentes documentales (pintura, grabados, escultura, arquitectura, etc.), de uso común en toda la historia cultural —y las 103 figuras usadas en su obra así lo testimonian—, ahora Florescano les ha conferido un nuevo sentido interpretativo acorde a la época y difícil momento que nos ha tocado vivir. Su análisis, expuesto a lo largo de una introducción, cuatro capítulos y un epílogo, no hace sino convencernos de aquello de que la historia es siempre historia contemporánea

* CIESAS/Occidente.

¹ Peter Burke, “Unity and Variety in Cultural History”, *Varieties of Cultural History*, Ithaca, Cornell University Press, 1997: 183-212.

disfrazada. Y lo ratifica al final cuando escribe que su obra viene a sumarse al actual debate sobre las identidades y los símbolos. Suena extraño tratándose de un historiador, lo sé. Pero lo asombroso es que muestra que ese debate ha estado implícito. Y que con ello siempre ha habido conflicto de interpretaciones y, por ende, de identidades. Si hoy lo asumimos como debate es porque estamos, como en otros periodos críticos de la historia patria, sumidos en la confusión de qué nación es la que está detrás del emblema.

Evidentemente Florescano es partidario de la idea de que el símbolo del águila y el nopal coincide con lo que Hobsbawm ha caracterizado como una tradición antigua, un tanto en oposición a la tradición inventada o socialmente construida.² Ello queda claro en la transformación del mito de la Primera Montaña Verdadera en el *altépetl* azteca, o sea, la Montaña de Agua, la tierra de los padres, el territorio asiento de su poder centralizado. En los siguientes cinco siglos vendrán variaciones del mismo símbolo, las más de las veces como una guerra de símbolos, de la que el símbolo primordial saldrá airoso. Pero no sin transformarse, incluyendo o fusionándose con otras simbologías, algunas francamente curiosas, como su asociación con el Apocalipsis de San Juan y la Virgen Guadalupana en el patriotismo criollo de fines de siglo XVIII o con el águila azteca coronada con el inconfundible gorro frigio en 1824. Desde luego todas estas rarezas están descifradas por Florescano. Y lo único que agregaría es que su análisis de historia cultural es típicamente levistraussiano, pensamiento estructuralista que no cita pero que está presente en ésta y otras de sus obras. Si lo menciono es porque la referencia a Lévi-Strauss es un valor agregado a su estudio, como ahora dicen los economistas.

Para Florescano no es extraña la historia social y mucho menos la antropología social. Antes al contrario, comenzando por la mención de Lévi-Strauss o la de Eric Hobsbawm. Si la contextualización social de los hacedores de símbolos aparece como eso, como contexto, es porque la factura de una breve historia no podía desviarlo en su trayectoria interesada en las transformaciones de ese símbolo elemental, el *altépetl*. Pero ya desde esta invención primordial hay notorios indicios simbólicos de que nuestro mayor signo de identidad nacional estuvo y ha estado asociado a guerras intestinas. Las transformaciones que sufrirá posteriormente lo ilustran también, si bien siempre permanecerá la intención (mitema, si gustan) de asignar valores y conseguir cohesión social por medio de eso que llamamos identidad mexicana. Acaso el mayor esfuerzo de integración social por vía de estos símbolos lo hayan intentado los criollos mexicanizados, al fusionar un símbolo religioso, la Guadalupana, al de la sociedad conquistada, el *altépetl*, pero que correspondía ya no a una sociedad extraña, sino a su propia sociedad dividida en estamentos y clases, y con un recio componente poblacional indígena nativo, población con la que, les gustara o no, compartían el mismo destino.

Como nos dice Florescano, la guerra de símbolos antecedió a la guerra entre humanos en 1810 y, me temo, también en 1910, cuestión aún por dilucidar. Confío en equivocarme, pero espero que no celebremos el próximo centenario de la manera acostumbrada, porque algún significado deben tener las nuevas banderas colosales erigidas por los militares sobre la empobrecida tierra de una nación atribulada, crecientemente anómica. Creo que es ésa, en última instancia, la preocupación presente de la historia cultural practicada por el maestro Florescano, del porqué ligar su lección

² Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press,

a nuestro actual debate identitario y el papel que en él tienen los descendientes directos de la población nativa, otra vez motivo de preocupación para el resto de sus compatriotas.

Lo dicho es una cuestión de responsabilidad intelectual que siempre le he admirado como autor. Pero es también una cuestión historiográfica e interpretativa. Recuerdo todavía aquella lección dada por otro estudioso, Benedict Anderson, en su línea del cómo se imaginaron y construyeron las naciones modernas.³ En ella hacía notar que en el terreno mítico-simbólico no pocas genealogías nacionalistas hacían referencia a una inicial guerra fratricida entre consanguíneos.⁴ Las guerras de independencia y revolucionaria tuvieron lugar a pesar del mestizaje racial, y hasta esgrimiéndolo como causa de descontento. Pero ya que todo se origina, como en la historia cultural

más clásica, en una tradición antigua, no quisiera concluir este comentario sin llamar la atención sobre los símbolos contenidos en el monumento más antiguo que conocemos de Tenochtitlán, que nos provee en la figura 7 (p. 24) de su breve historia. A Florescano no le pasa inadvertida la obsesión guerrera de los aztecas, tradición militarista que se continuaría después en otros escenarios y con otros personajes. Y es que esa águila primordial está impuesta a un nopal del que brotan tunas en forma de corazones de guerreros. En vez de la serpiente, de su triunfal pico brota el glifo *atl*

tlachinolli (agua hirviendo, ¿sangre?), el grito de guerra azteca. Pero más interesante aún es que el nopal surge de una piedra que es el glifo de Cópil, personaje que en la jerga antropológica denominamos como un primo cruzado de Huitzilopochtli, y que según las fuentes conspiró, junto con su madre Malinaxóchitl, hermana de Huitzilopochtli, para destronar a la dinastía del dios tutelar. El autor nos hace saber que Cópil fue apresado, se le decapitó y su corazón fue arrojado al centro del lago donde se convirtió en piedra (¡primera piedra fundacional de Tenochtitlán!), misma que sustentó al ramificado nopal o árbol primordial. Las relaciones de parentesco mitificado son demasiado ostensibles como para no recordar lo sostenido por Anderson sobre la reposición genealógica del fratricidio. Más aún si consideramos que en determinados sistemas



1983.

³ Benedict Anderson, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1991.

⁴ Benedict Anderson, "The Reassurance of Fratricide: How Nations Imagine their Genealogies", MS., VIII Coloquio

de parentesco los primos cruzados se tratan y refieren como hermanos, no como primos, que es el término que hoy usamos de modo diferencial, y aún hay veces que también los llamamos hermanos cuando media entre nosotros el sacramento del compadrazgo.

Lo que estoy implicando es que el símbolo primordial conlleva de por sí una semántica no sólo guerrera en general, sino especificando la guerra fratricida, la guerra civil, la guerra entre hermanos por la consecución del poder, por muy dinástica que fuese. Así las cosas, es comprensible que las transformaciones estructurales del símbolo, motivo central del excelente análisis de nuestro maestro, remitan una y otra vez a la guerra entre compatriotas, de algún modo emparentados.

Una vez distanciados los símbolos religiosos y políticos en 1812 —al separarse la celebración de la advocación Guadalupana de celebración secular de la independencia como nación—, la estratificada fusión racial entre peninsulares, indios y mestizos quedó mucho más polarizada. La bandera trigarante de Iturbide retuvo, en sus simbólicos colores, parte del antiguo contrato social, en el primer sentido que Rousseau le dio, como pacto unilateral de los poderosos.⁵ El blanco era la inmaculada tradición católica; el verde la tradición insurgente; y el rojo la pureza (¿de sangre?) de la tradición criolla. La simbología finalmente conseguida en 1824 sin duda significó una revitalización de la tradición indígena, con el emblema central del *altépetl*. Pero las franjas de colores le siguieron dando ese trasfondo social propio de una sociedad dividida en grupos articulados, que no mezclados.

Pero desde entonces —y el Constituyente de 1917 así lo ratificó— los mexicanos sabemos que los valores y cohesión sociales que nos unen en la misma identidad simbólica requieren de nuevos contratos sociales en que, para usar palabras del cura Morelos, la soberanía siga dimanando del pueblo. Si ese pueblo ya ha entrado en un proceso de polarización de sus valores y de su cohesión, ello indica a las claras que urge un nuevo contrato social como único valladar de la ominosa guerra entre hermanos. Las banderas descomunales no bastan ya para decirnos que no somos lo suficientemente mexicanos. El problema es la semántica contenida en nuestros símbolos más caros, no para repetirla rutinariamente, sino para renovarla. Y es ésa la profunda y aleccionadora semántica histórica que Enrique Florescano nos ha legado con su análisis.

Reside aquí, según creo, el mayor aporte de la lección del maestro Florescano. Concluyo citando sus propias palabras, harto significativas para todos nosotros: “Por otra parte, el análisis histórico, al mantener el oído atento a los murmullos del pasado y a los asedios del presente, no puede olvidar la amonestación del poeta [Alfonso Reyes], quien nos recuerda la hondura que tiene entre nosotros la herencia indígena y nuestra responsabilidad para hacerla parte de la cultura mestiza que juntos hemos forjado”.

Enrique Florescano
*La bandera mexicana:
breve historia de su formación y simbolismo*
Fondo de Cultura Económica, México, 1998

de Antropología e Historia Regionales, El Colegio de Michoacán, Zamora, 1986.

⁵ Jean-Jacques Rousseau, *A Discourse on Inequality*, Harmondsworth, Penguin Books, 1984; compárese con *El*